

posición y el pasado de la tribu y del Estado de que procedía. Ahora bien, bajo dos distintos puntos de vista, podía el poeta considerar la vida del vencedor, para explicar por ella la victoria: el destino y el mérito, ó en otros términos, la fortuna y la habilidad ¹⁾. En la victoria obtenida en la carrera de carros, el poeta debía insistir principalmente en la fortuna, puesto que necesitándose para obtener el triunfo caballos excelentes y hábiles aurigas, sólo los ricos podían sufragar los gastos que una y otra cosa habían necesariamente de ocasionar; tanto más cuanto que raras veces dirigían sus caballos los que tomaban parte en los juegos. En los que por el contrario obtenían el premio en los juegos gimnásticos, había que atender sobre todo á la habilidad, si bien se miraba también como razón principal del éxito la protección de los dioses, con tanto más motivo cuanto que en opinión de Píndaro la verdadera habilidad es un don de la Naturaleza ²⁾. Es evidente que ni la fortuna ni la habilidad del vencedor, como abstracciones, podían constituir el asunto propiamente dicho de un poema, sino que por el contrario había éste de ser una idea concreta, una imagen viva de la habilidad del héroe individualmente considerado; así, el poeta da especial colorido á las cualidades personales del vencedor, presentando su buena suerte como compensación de la desgracia pasada y describiendo en general las vicisitudes prósperas y adversas porque ha atravesado el vencedor y su familia ³⁾. Otras veces, proporcionaban asunto para un canto, los triunfos que alternativamente habían obtenido en los juegos gimnásticos diversas generaciones de una misma familia, esto es, primero los abuelos y luego los nietos, pero sin que la generación intermedia, los padres, participaran de la gloria ⁴⁾. Cuando la fortuna del vencedor era constante, el poeta acompañaba sus elogios con reflexiones morales sobre el modo de apreciarla justamente, de conservarla y de aprovecharla de la mejor manera posible. Según las ideas de los Griegos, el primer sentimiento que debe despertar una fortuna constante, es el del temor á Nemesis, la cual se complace en doblegar el orgullo humano, ra-

¹⁾ Ὀϊβος—ἀρετή.

²⁾ Τὸ δὲ φύξ κράτιστον ἔπαι. *Olimpica* 9, 107 (151), oda en la cual se explica y desarrolla aquella idea. Véase el final del capítulo anterior.

³⁾ *Olimpica* 2, y semejantemente la *ístmica* 3.

⁴⁾ *Nemea* 6.

zon por la que se debía ser modesto y humilde y no aspirar á ulteriores triunfos ¹⁾. A Hieron sobre todo tan celebrado por él, es á quien Píndaro se dirige para exhortarle á buscar la calma y la serenidad del espíritu, una vez pasados los cuidados y fatigas que le había costado la fundación y afianzamiento de su imperio, y á purificar y ennoblecer con la poesía el alma conturbada por indignas pasiones. Píndaro, sin embargo, no suele contentarse con elogiar solamente la fuerza y la habilidad del vencedor, sino que atribuye á éste alguna otra relevante cualidad moral que el poeta recomienda y sublima: esta cualidad es ya la moderación, ya la sabiduría, ya el amor filial, ya en fin, el respeto á los dioses. Este último sobre todo, aparece frecuentemente como causa principal de la victoria, porque merced á él el triunfador obtuvo la protección de los dioses que presidían los juegos gimnásticos, como Mercurio ó los Dioscuros. Es indudable que Píndaro hablaba sinceramente y con arreglo á sus creencias, al buscar la verdadera razón de la victoria en el favor de una divinidad protectora de la familia del vencedor y al mismo tiempo patrocinadora de los juegos en que éste había obtenido el premio ²⁾. En general, Píndaro, al elogiar la habilidad ó la fortuna del triunfador parece tan sincero como él mismo afirma con cierto orgullo, y jamás se deja arrastrar á un panegirismo enfático. El temor natural en un republicano de incurrir en la censura de sus conciudadanos y el respeto á la Nemesis divina, le inclinaron á moderar sus elogios y á no perder de vista la inestabilidad de la fortuna y la limitación de las fuerzas humanas ³⁾.

Estas cualidades del poeta nos le presentan casi cual un sabio que revela al vencedor su destino, mostrándole un orden superior de cosas como fuente y causa primordial de su triunfo. No hay que creer, sin embargo, que al hablar así el poeta se colocara en una esfera lejana de la realidad de la vida práctica y que se dirigiese al pueblo como pudiera hacerlo un sacerdote. Lejos de

¹⁾ μηδέτι πάπταινε πόρσιον. [*Olimpica* 1, 114.]

²⁾ Como por ejemplo la *olímpica* 6, 77 (130) y ss. Para lo dicho en el texto he seguido principalmente el tratado de Dissen: *De ratione poetica carminum Pindaricorum* (*Pindari Carmina ed. Lud. Dissenius. 1830. Sect. I, p. 11*).

³⁾ [Es digno de especial mención el pasaje de la *ístmica* 5, 14 y ss.:

μη μάτευσ Ζεὺς γενέσθαι: πάντ' ἔχεις,
εἴ σε τούτων μοῖρ' ἐφίκοιτο καλῶν.
θνατὰ θνατοῖσι πρέπει.]

esto, las epinicias de Píndaro aunque recitadas por un coro eran fiel expresión de las ideas y sentimientos del poeta ¹⁾, y estaban plagadas de alusiones á sus relaciones personales con el vencedor, de las cuales sabía Píndaro, cuando en ello tenía verdadero interés, hacer el asunto principal de su canto. En esta circunstancia es donde hay que buscar la explicación de muchas de sus odas y frecuentemente de las más laberínticas de entre ellas. En un poema ²⁾, Píndaro defiende la veracidad de su poesía contra las acusaciones de que había sido objeto y presenta su Musa como justa é imparcial dispensadora de la gloria, lo mismo para los vencedores en los juegos que para los héroes de los tiempos antiguos. En otro ³⁾, recuerda al vencedor que él le predijo el triunfo en los juegos públicos, que le había animado á presentarse en el agon, y aprueba el que empleara sus riquezas en tan noble objeto ⁴⁾. En un tercer poema se excusa de haber diferido la composición de un canto que prometió á un adolescente vencedor en el pugilato, y de no habérselo enviado sino cuando aquel á quien elogiaba había llegado á la edad viril; luego, como para animarse á sí mismo á cumplir su promesa, hace resaltar la veneranda antigüedad de estos himnos triunfales cuyo origen se confunde con la primitiva organización de los juegos olímpicos ⁵⁾.

Sea cual fuere el tema de una epinicia pindárica, no era natural que en la exposición se siguiera precisamente el método de un tratado filosófico; si bien se encuentra en ellas no poco de aquella ciencia gnómica que en la actividad variada y á menudo confusa de los hombres descubre reglas y principios fijos; que desde la época de los Siete Sabios comenzó á desempeñar un papel principalísimo; y que ya antes de Píndaro constituía un elemento importante de la lírica coral. Los apotegmas del poeta de Tebas revisten la forma ya de proverbios ya de exhortaciones al vencedor. A menudo también, cuando quiere inculcar al triunfador un principio cualquiera de moralidad ó de prudencia, da á este prin-

¹⁾ Véase Cap. XIV.

²⁾ *Nemea* 7.

³⁾ *Nemea* 1.

⁴⁾ Refiero á esto el pensamiento del verso 27 (40): «el entendimiento se manifiesta en los consejos de aquellos á quienes la naturaleza ha dotado del poder de adivinación»; así como también el relato de la predicción de Teiresias cuando el joven Heracles mató las serpientes.

⁵⁾ *Olimpica* 11.

cipio ó á esta máxima la forma de una opinión propia: «No me deleita tener en mi casa acumuladas muchas riquezas, sino que prefiero con mi fortuna procurarme una vida cómoda y agradable, y una buena reputación con mis liberalidades para con mis amigos» ¹⁾.

Pero el otro elemento de la poesía pindárica, las narraciones míticas, ocupa mayor espacio, en la mayor parte de sus odas por lo menos, que el elemento sentencioso ó gnómico; y la interpretación moderna ha demostrado que dichos relatos no son simples digresiones encaminadas á embellecer la poesía. A veces diríase que el poeta quiere dar á entender que se dejó arrastrar por su inspiración, cuando después de una extensa narración legendaria vuelve á reanudar el desarrollo de su tema, ó cuando lo relaciona con una máxima proverbial, como cuando liga la frase simbólica: «ni por tierra ni por mar lograrás encontrar el camino del país de los Hiperbóreos», con la historia del viaje de Perseo á aquel pueblo fabuloso ²⁾. Pero aun en tales casos, examinando el poema con atención, se verá que el mito forma parte de su asunto; y se observa generalmente en los poetas y prosistas griegos, el hábito de velar sus verdaderos propósitos y de pretender con una especie de artística ironía, abandonarse al azar cuando obran con perfecta conciencia de su plan. Así, Platon mismo finge á menudo abandonar el diálogo por torcidos senderos, cuando así lo exige su plan de investigación. En otros pasajes, Píndaro confiesa que se requieren entendimiento y reflexión para descubrir el sentido oculto de sus episodios míticos. Así, por ejemplo, después de una descripción de las islas de los bienaventurados y de los héroes que allí moran, añade: «Tengo en mi carcaj debajo del brazo, muchos rápidos dardos cuyo significado comprenden los inteligentes, pero que en general necesitan interpretación» ³⁾. Después de relatar la historia de Ixión en una oda dirigida á Hieron continúa: «Ante todo debo guardarme de incurrir en la mordaz violencia de los maldicientes, pues, aunque en remotos tiempos, he visto al calumniador Arquíloco que se complacía en injuriar, vivir casi siempre en la miseria» ⁴⁾. Sería incompre-

¹⁾ *Nemea* 1, 31 (45).

²⁾ *Pítica* 10, 29 (46).

³⁾ *Olimpica* 2, 91 (150).

⁴⁾ **Pítica* 2, 54 (100).

sible lo que en este pasaje movió al poeta á expresar tal ansiedad é inquietud, si no se recordaran las advertencias que la historia de Ixión contiene para el ambicioso tirano.

La relación de estas narraciones mitológicas con el verdadero asunto del poema, puede ser exterior ó interior, é histórica ó ideal. En el primer caso el poeta alude á los héroes que figuran á la cabeza de la familia ó del Estado á que pertenecen bien el vencedor, bien los fundadores de los juegos en que había alcanzado el premio. Ni una sola de las odas que Píndaro compuso á los combatientes de Egina, deja de elogiar á la heroica familia de los Eácidas: «Es para mí, dice, una ley ineludible, siempre que hablo de esta isla, el prodigaros elogios ¡oh Eácidas los de los aureos carros!»¹⁾. En el segundo caso, Píndaro describe los acontecimientos de la edad heroica que tienen analogía con los de la vida del vencedor ó que encierran advertencias ó consejos que cuadren al mismo. A veces también hace destacarse las figuras de dos personajes mitológicos, uno de los cuales sea por decirlo así retrato fiel del triunfador en sus nobles aspiraciones y el otro en sus actos vituperables, de suerte que le presenta el uno como un ejemplo para alentarle y el otro como una especie de exhortación²⁾. Generalmente Píndaro combina ambas relaciones presentando á los héroes de la familia como unidos al vencedor en genio y carácter: su fuerza y habilidad extraordinarias se perpetúan en los descendientes, la misma complicación de vicisitudes propicias y adversas acompaña á toda la raza hasta la generación coetánea³⁾, y hasta los extravíos de los héroes primitivos reaparecen en sus descendientes⁴⁾. No hay que olvidar que en tiempos de Píndaro los Griegos creían firmemente en la estrecha conexión entre el mundo heroico y la edad contemporánea; buscábase el origen de los acontecimientos históricos en una edad remota; legitimábanse las conquistas y las colonizaciones con análogas empresas de los héroes antiguos; y considerábase las guerras médicas como un acto de un gran drama cuyas primeras partes eran la expedición de los Argonautas y la guerra de Troya. Al mismo tiempo, mirábase

¹⁾ *Istmica* 5, 19 (27).

²⁾ Como Pelops y Tántalo, *olímpica* 1.

³⁾ Como la suerte de los antiguos Cadmeos en Teron, *olímpica* 2.

⁴⁾ Como las precipitaciones (*ἀμπλαξίαι*) de los héroes rodios en Diógenes, *olímpica* 7.

el pasado legendario como mucho más sublime y como iluminado por gran esplendor, del cual era el presente un simple reflejo; y esta es cabalmente la razón de las alusiones históricas y políticas de la tragedia griega que se encuentran principalmente en Esquilo. La obra histórica de Heródoto no tiene cabalmente otro fundamento; y éste aparece con más evidencia en los numerosos asuntos que Píndaro emplea en sus poemas líricos. Dicho se está que los poetas líricos trataban los asuntos míticos de una manera muy diversa de la de los poetas épicos. Mientras que en la epopeya la narración mitológica inspira interés por sí misma, y se desarrolla en todas sus partes con igual amor y amplitud, en la poesía lírica sirven como de ejemplo para explicar una idea determinada, expresada en medio ó al fin del poema, y el poeta solo hace resaltar las partes de la historia que han de contribuir á aclarar aquella idea. Así la narración mítica más extensa de Píndaro, la descripción en veinticuatro estrofas del viaje de los Argonautas en el poema pítico al rey de Cirene, Arcesilao¹⁾, está muy lejos de ofrecer el extraordinario desarrollo de la epopeya; el poeta se propone en ella como exclusivo objeto, el dar á conocer la genealogía de los reyes de Cirene descendientes de los Argonautas; y si se muestra algo prolijo en la mención de las relaciones entre Jason y Pelias, el noble desterrado y el tirano celoso, débese á que este tema encierra severas amonestaciones para Arcesilao respecto á su conducta con Damófilo de que ya hemos hablado.

Esta mezcla de sentencias y de leyendas simbólicas, hace difícil el seguir el hilo de las ideas de Píndaro. Contribuye á hacer más oscuro el sentido, tal complicación en todo el plan de su poesía, que á menudo el lector moderno, creyendo haber encontrado el hilo que ha de conducirlo á la clara comprensión de la obra, no logra ver con claridad la conexión de sus partes. Píndaro cuando comienza un poema parece poseído de la alta idea que se ha formado de los gloriosos destinos del vencedor, y se siente, por decirlo así, arrastrado por el torrente de imágenes que de aquel concepto brota; pero lejos de expresar directamente su pensamiento, desenvuelve unas después de otras las diversas series de conceptos que de él nacen mas sin perder nunca de vista el objeto á que se refieren. Así, después de haber desarrollado una serie de ideas en forma sentenciosa ó mitológica y antes de explicar-

¹⁾ [*Pítica* 4.]

se lo bastante para hacer clara la aplicación de ellas al vencedor, se detiene para seguir otro camino, que poco después abandona por un tercero; y al final del poema recoge todos estos cabos sueltos para entrelazarlos y formar con ellos un todo en que resalta con entera claridad la idea fundamental del poema. Reservando para el final la explicación de cada una de sus alusiones, Píndaro logra que sus poemas no puedan dividirse en partes aisladas, independientes las unas de las otras y completas é inteligibles por sí mismas, manteniendo al mismo tiempo la curiosidad y el interés del lector durante todo el poema. Así, en el canto sobre la victoria pítica obtenida por Hieron como ciudadano de Etna, ciudad fundada por él ¹⁾, la idea fundamental que Píndaro tiende á hacer resaltar, es el reposo y la tranquilidad á que Hieron puede abandonarse después de tantas gloriosas acciones, idea que el poeta quiere infundir en el alma del tirano con ayuda de la música y de la poesía. Poseído de esta idea, Píndaro comienza por describir la vida feliz de los dioses olímpicos á quienes la música deleita y tranquiliza, mientras que aumenta los tormentos de Tifon, su enemigo, que yace encadenado debajo del Etna. De aquí el poeta pasa de repente á la nueva ciudad de Etna emplazada al pie del monte cuyo nombre lleva, celebra los felices auspicios bajo los cuales fué fundada, y ensalza á Hieron por sus grandes empresas militares y por la sabia constitución que dió á la nueva ciudad por cuya paz interior y exterior hace votos el poeta. Hasta aquí no se comprende la relación que pueda existir entre el elogio de la música y el recuerdo de las empresas militares de Hieron y de su política; pero la conexión resulta evidente cuando Píndaro se dirige á Hieron en una serie de sentencias cuyo principal objeto es exhortarle á rechazar toda pasión mezquina y á recrearse en lo bello, para que los poetas trasmitan su buen nombre á la posteridad.

Los rasgos característicos de la poesía de Píndaro que acabamos de dar á conocer y que se observan en todas sus epinicias, se concilian perfectamente con la extraordinaria variedad de estilo y de expresiones que más arriba hemos señalado como una de las principales ventajas que ofrece este género poético. En efecto, cada epinicia de Píndaro tiene un estilo especial que depende del curso de la idea y de la elección de las expresiones. Las principa-

¹⁾ *Pítica* 1.

les diferencias reconocen por causa la naturaleza del ritmo que á su vez está regulado por el estilo musical. Con arreglo á este estilo, las epinicias de Píndaro se dividen en dóricas, eólicas y lídicas: tres categorías fáciles de distinguir, aunque cada una de ellas admite variedades infinitas. Bajo el punto de vista de la métrica, cada poema de Píndaro tiene un carácter diverso y no se encuentra dos de ellos compuestos con arreglo al mismo esquema. En las odas dóricas hallamos las mismas formas métricas que en la poesía coral de Estesícoro, esto es, series de dáctilos y de dipodias trocáicas ¹⁾, que se acercan mucho á la majestad del exámetro: así, el estilo de estas odas es generalmente digno y pausado; las narraciones míticas están en ellas más ampliamente desarrolladas; las ideas, íntimamente ligadas todas con el asunto y libres de toda pasión puramente personal; la calma y la alteza de pensamientos constituyen su verdadero carácter; y están escritas en el dialecto épico con un ligero tinte de dorismo que contribuye á aumentar su brillantez y majestad. Los ritmos de las odas eólicas se asemejan á los de la poesía léstica en la cual predominaban los metros más ligeros, dáctilicos, trocáicos y logaédicos, si bien estos ritmos en la lírica coral adquieren mayor variedad y á menudo también un carácter más vivo y animado. El mismo espíritu del poeta se desliza en ellas con más rapidez, las ideas adquieren mayor movimiento, el poeta se abstiene de continuar las narraciones que considera impías ó arrogantes ²⁾ y da en sus cantos amplia cabida á sus propios sentimientos. En los pasajes en que se dirige al vencedor, su poesía reviste un carácter más alegre que á las veces toma la forma de burla ³⁾, ó habla de sus relaciones con el héroe á quien celebra y con sus rivales en la poesía elogiando su propio estilo y censurando el de los demás ⁴⁾; pero precisamente merced al gran movimiento que reina en las odas eólicas, tienen éstas menos semejanza entre sí que las

¹⁾ En los escritores antiguos que han tratado de la música, puede verse la explicación de cómo aquellas dipodias trocáicas se reducían á un ritmo uniforme con las series dáctilicas. En ellos se ve también que la dipodia trocáica era considerada como un pie rítmico cuyo arsis era el primer troqueo y el segundo la tesis, de suerte que si las sílabas eran breves podía mirársela como equivalente á un dáctilo.

²⁾ *Olimpica* 1, 52 (82). 9, 35.

³⁾ *Olimpica* 4, 26 (40). *Pítica* 2, 72 (131).

⁴⁾ *Olimpica* 2, 96 (155). 9, 107 (151). *Pítica* 2, 78 (145).

dóricas. La primera olímpica, por ejemplo, con sus brillantes imágenes, se diferencia mucho de la segunda, expresión fiel de sublime melancolía, y de la novena en que se retrata una altiva y arrogante confianza en sí mismo. El lenguaje de las epinicias es también más atrevido, más difícil su sintaxis y se distingue de todos los demás por la multitud de formas dialécticas raras que lo caracterizan. Por último en las odas lidias, que son las menos numerosas, el metro es casi siempre trocáico y su estilo dulce y suave por extremo, responde á la dulzura y á la suavidad de su carácter. En este género, compuso Píndaro los cantos destinados á ser entonados en las procesiones, en los templos ó al pie de los altares y en ellos implorábase el favor y la bendición de los dioses.

CAPÍTULO XVI

La poesía teológica

Hemos seguido el desenvolvimiento de la poesía griega desde *Homero* hasta *Píndaro*, señalando sus sucesivas trasformaciones desde el nacimiento casi espontáneo de la epopeya hasta la composición artística y acabada del lirismo coral. Afortunadamente las obras de Homero y de Píndaro, los dos puntos extremos de esta larga serie de gradaciones, se han conservado hasta hoy. Por lo que hace á los grados intermedios, sólo podemos formarnos de ellos una idea imperfecta, juzgando por fragmentos aislados y por las opiniones de otros escritores. Entre Homero y Píndaro hay un período importantísimo para la historia de la civilización griega, y parece como que el primero de estos poetas pertenece á una edad distinta de la del segundo. Si hubiéramos de señalar en pocas palabras esta diferencia capital, diríamos que en Homero se encuentra la infancia del espíritu humano que vive en la intuición y en la imaginación, cuyo mayor goce estriba en contemplar los acontecimientos y los objetos externos sin cuidarse mucho de sus causas ni de sus efectos, y cuyos juicios están determinados más bien por impulsos del sentimiento que por reglas fijas; al paso que en Píndaro aparece el genio griego infinitamente más serio y más reflexivo. Sea cualquiera el amor con que el poeta contemple sus bellas y espléndidas imágenes, por sublimes que sean las figuras de los héroes antiguos y de los atletas contemporáneos que dibuja, su principal fin es, sin embargo, buscar en su foro interno un modelo á que ajustar sus concepciones; ó en otros términos: busca las leyes del orden moral, y cuando tiene clara y perfecta conciencia de estas leyes las aplica á aquellas hermosas figuras llenas de vida que creara la fantasía de la